

# **HALLOWEEN**

## **LA MUERTE SALE DE FIESTA**



**UNA HISTORIA CULTURAL DE HALLOWEEN**

# **DAVID J. SKAL**

Traducción: Laura Ibáñez García



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

*Halloween: The History of America's Darkest Holiday*

Dover Publications, Inc.

Mineola (Nueva York), 2016;

reedición ampliada de

*Death Makes a Holiday: A Cultural History of Halloween*

Bloomsbury

Nueva York, 2002

ES POP ENSAYO Nº 21

1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2019

Publicado por

ES POP EDICIONES

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

[www.espop.es](http://www.espop.es)

Published by arrangement with The Marsh Agency Ltd.

© 2002, 2016: David J. Skal

© 2019 de la traducción: Laura Ibáñez García

© 2019 de esta edición: Es Pop Ediciones

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona y Óscar Palmer

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Huertas

Impreso en España

ISBN: 978-84-17645-06-9

Depósito legal: M-31110-2019

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

El hombre de los caramelos  
13

## UNO

La máquina de Halloween  
31

## DOS

La tetilla de la bruja  
89

## TRES

Hogar, dulce horror  
*o cómo encantar una casa*  
123

## CUATRO

El diablo de la calle Castro  
*y otras escaramuzas de las guerras culturales*  
175

CINCO  
Hollywood en la pantalla  
217

EPÍLOGO  
11 de septiembre y 31 de octubre  
255

POSFACIO  
«Un choque cultural de purpurina  
y polvo sepulcral»  
269

AGRADECIMIENTOS  
281

NOTAS  
283

ÍNDICE ONOMÁSTICO  
295



Uno

## LA MÁQUINA DE HALLOWEEN



anto si lo llamas Samaín como víspera de Todos los Santos, Noche de difuntos o Noche de brujas, Halloween hunde sus raíces esenciales en los miedos de la mente primitiva, que no hacía distinción entre la mengua paulatina del sol y una posible extinción del yo; cuando se practicaban antiguos ritos sacrificiales y suplicatorios para garantizar una buena cosecha y, por ende, la continuación de la existencia del ser humano sobre la faz de la Tierra.

En los climas nórdicos, la época de la cosecha equivalía a la muerte de la naturaleza... o al menos eso parecía. Robert Chambers, el gran estudioso victoriano del origen de las festividades, dijo sobre el mes de octubre: «Cuando el viento arrastra la hojarasca —vestigio ruinoso de los bellos salones del verano— es inevitable pensar en los que han perecido, en quienes se marcharon antes que nosotros, arrastrados a la tumba por las heladas ráfagas de la muerte».

Como lo que estaba en juego durante la cosecha era la vida misma, la cercanía entre el mundo real y el mundo de los espíritus

---

*Fotografía realizada en los años noventa del siglo XIX en un estudio de Pensilvania.*

---

trascendía la simple metáfora. De ahí que la tradición prosperase: durante una noche al año, los mortales obtendrían permiso para asomarse al futuro, adivinar su destino, comunicarse con entes sobrenaturales y disfrutar de unas licencias y libertades inimaginables —o sencillamente inalcanzables— durante el resto del año.

La máquina de Halloween pone el mundo del revés. Uno puede cambiar de identidad sin miedo al castigo, los hombres se visten de mujeres y viceversa, las autoridades pueden ser burladas y esquivadas... pero lo realmente importante es que las tumbas se abren y los difuntos regresan del más allá.

El «regreso de los muertos» es, claro está, una evocadora alegría del retorno o la manifestación de prácticamente todo lo que ha sido enterrado, reprimido o sofocado por los vivos. Lo «muerto» no tiene por qué parecerse necesariamente a un cadáver ambulante; basta con fijarse en la cantidad de personalidades secretas que salen a la luz en cualquier fiesta de Halloween contemporánea. Ataviados con lentejuelas y plumas, los juerguistas «resucitan» como glamurosas divinidades del celuloide, superhéroes de cómic, robots inmortales o sátiros insaciables que esgrimen órganos sexuales hinchables. Pechos y penes recauchutados botan y rebotan por doquier. Las pelucas y los tocados colosales simbolizan las sorprendentes energías que bullen en el interior de las mentes que cubren.

Pero siempre presentes en estas animadas estampas carnavalescas están también las clásicas imágenes de la mortalidad y la sepultura: esqueletos, vampiros, zombis, fantasmas. La gran figura del desfile de Halloween es y siempre ha sido la Muerte.

En Halloween es normal que los vivos intenten parecerse a los muertos, pero es sólo por una noche. En el depósito de cadáveres local, sin embargo, se adoptan medidas extraordinarias para que los muertos parezcan estar vivos los 364 días restantes del año. Analistas de distinto perfil, como Elisabeth Kübler-Ross o Jessica Mitford, nos han recordado que a la cultura estadounidense le cuesta horrores mirar a la muerte directamente a los ojos. Es más,



---

*La gran figura de Halloween es y siempre ha sido la Muerte. Fecha y fotógrafo desconocidos.*

---

las prácticas modernas de embalsamado catalogadas por Mitford son el equivalente a una mascarada macabra y esquiva. En su libro *The American Way of Death*, Mitford describe la evolución de los ritos funerarios modernos hacia una «fantasía grotesca en la que los símbolos y ornamentos de una vida civilizada se transforman, como en una pesadilla, en los símbolos y ornamentos de una muerte civilizada».

Halloween, al igual que la muerte, también está expuesta a ritos decorativos y eufemísticos. Desde la iglesia cristiana primitiva hasta los actuales adalides de la corrección política, nunca han faltado entes empeñados en controlar las energías desbocadas y los aspectos declaradamente morbosos de Halloween. Su objetivo siempre ha sido el mismo: domesticar la festividad, conseguir de algún modo que sea «agradable». Y para darle un toque agradable a la vida, nadie mejor que Martha Stewart, la gran dama estadounidense de las artes domésticas. Tras haber recibido el visto bueno de Stewart en su reciente libro *Delicious Tricks and Wicked*

*Treats for Your Scariest Halloween Ever (Deliciosas travesuras y dulces geniales para morirte de miedo en Halloween)*, ya podemos decir que la festividad ha quedado completamente sometida a un tratamiento de modificación de la conducta.

Para Stewart, todo lo que tiene que ver con Halloween es perfectamente controlable. La suya es una celebración extrañamente desprovista de oficiantes, en especial de niños, los cuales aparecen de manera muy esporádica en su libro como educados elementos decorativos o, en una de las fotos, ocultos cual espectros bajo una sábana de marca. Algunos adornos son decididamente peligrosos para los críos, como las velas votivas colocadas en bolsas de papel recortadas y colocadas de manera precaria en los peldaños de una escalera, pero en este caso lo importante no es la seguridad ni la diversión de los niños. Como observó Margaret Mead hace un cuarto de siglo: «Ahora, quienes de verdad se lo pasan bien en Halloween son las madres de los chiquillos, comprándoles o confeccionándoles los disfraces, [...] mientras las criaturas, en un intento de superar su timidez, apenas alcanzan a entender lo que significa ser una bruja o un fantasma».

En cierto modo, la actitud de Martha Stewart casa a la perfección con un aspecto propio de Halloween: su culto a los objetos inanimados, totalmente idóneo para las raíces paganas de la festividad. Pongamos el caso de las calabazas, por ejemplo. Cualquier rastro de muerte asociado con la Jack O'Lantern, nombre con el que se conoce en los países anglosajones a la tradicional calabaza tallada, ha quedado eliminado a base de buen gusto y una destreza comparable a la de los cosmetólogos de los que con tanto cariño hablaba Jessica Mitford. En vez de rostros terroríficos o calaveras, ahora las calabazas lucen exclusivos y estilizados diseños inspirados en Picasso o en Matisse. Lo antropomórfico ha pasado a desempeñar un papel puramente ornamental: la calabaza otoñal se ha convertido en un luminoso huevo de Fabergé. Pero quizás el símbolo por antonomasia del narcisismo de la generación del *baby boom* estadounidense sea la calabaza decorada con

las iniciales de la propia Martha, todo un ensalzamiento del yo que nada tiene que ver con ninguna de las maneras de celebrar colectivamente la festividad. Quizás haya llegado el momento de acuñar una nueva: la cosecha consumista del propio ego.

TODAS LAS HISTORIAS DE HALLOWEEN se retrotraen inevitablemente al antiguo festival celta del Samhain o Samaín, que señala la muerte del verano y el inicio del nuevo año celta. La cultura celta abarcaba a varios pueblos muy diversos que habitaban en las islas británicas y distintas zonas del norte de Europa antes de las invasiones romanas, y el Samaín era una de sus dos principales festividades dedicadas al sol (la otra, Beltane, era la celebración primaveral de la fertilidad). Se creía que, durante el Samaín, el velo que separaba lo natural de lo sobrenatural era especialmente transparente, y los *sídhe* —o montículos en los que habitaban las hadas— eran los portales físicos entre ambos mundos. Muchas de estas lomas y túmulos todavía existen y se da por hecho que era en ellos donde se llevaban a cabo los rituales del Samaín.

Las historias de Halloween que nos transmiten los medios de comunicación modernos cada octubre—en su versión reducida y machacona— suelen crear la ilusión de que la festividad ha llegado hasta nuestros días casi intacta desde el tiempo de los celtas (las mismas afirmaciones infundadas que suelen difundirse sobre la muy moderna religión de la Wicca). Sin embargo, nuestro Halloween contemporáneo es una festividad compuesta de retazos; una especie de Frankenstein cultural remendado hace relativamente poco a partir de varias tradiciones fundidas en el caldero que bulle al calor del fuego del crisol de culturas estadounidense.

La antigüedad, sin embargo, nos brinda una práctica *tabula rasa* para todo tipo de reinterpretaciones modernas, en especial cuando no abundan los datos históricos.

Pongamos por ejemplo el caso de los druidas.

Los druidas eran la clase sacerdotal celta; los depositarios de la cultura, la tradición y los ritos oficiales. Como no dejaron ningún



---

*La manzana siempre ha tenido un papel destacado en las celebraciones de Halloween. En la imagen, el típico juego de «pescar manzanas» retratado en una postal de 1908.*

---

registro de sus prácticas y creencias, llevan tiempo siendo objeto de fantasiosas especulaciones; demonizados o idealizados alternativamente según la moda de la época y evocados a menudo en las historias de Halloween. En el imaginario popular, los druidas también están vinculados con Stonehenge y sus misterios, a pesar de que esta construcción paleolítica es mil años anterior a la aparición de los celtas.

Julio César fue uno de los pocos escritores clásicos que dejó constancia por escrito de sus impresiones sobre celtas y druidas, pero, en cuanto que líder de un ejército invasor deseoso de reclamar las tierras de los celtas para Roma, es muy posible que sus afirmaciones no fueran demasiado imparciales. «Toda la nación gala», escribió, «es devota en grado sumo de los ritos supersticiosos». Y uno de sus principales dogmas, según Julio César, era que «las almas no perecen con la muerte, sino que transmigran de un cuerpo a otro, y aseguran que gracias a esta enseñanza los hombres dan mayores muestras de valor al descartar el temor a la muerte».

Otro modo de eludir la ansiedad ante la muerte era transferir la mortalidad a un receptor previamente elegido:

Aquellos que sufren enfermedades graves y quienes andan en medio de combates y peligros inmolan hombres a modo de víctimas o bien prometen sacrificarlos, y recurren para estos sacrificios al ministerio de los druidas, pues, a no ser que la vida de un hombre se pague con la vida de otro hombre, piensan que no es posible aplacar a los dioses inmortales, y tienen instituidos como cosa pública sacrificios de este tipo. Otros hacen uso de muñecos de enorme tamaño, cuyos miembros, trenzados con leña, rellenan con hombres vivos. Les prenden fuego y los hombres, rodeados de llamas, expiran<sup>2</sup>.

La imagen de los druidas ha cambiado una y otra vez a lo largo de los siglos; a veces son descritos como paganos sanguinarios y otras, como paleoecologistas radicales, pero lo que siempre se repite, por alguna razón, es su infinita sabiduría y perfecta armonía con los ciclos de la tierra.

Los romanos, a su vez, llevaron su mitología y sus celebraciones paganas a Gran Bretaña, entre ellas el festival de Pomona, celebrado el primero de noviembre en honor a la diosa de las huertas, y las fiestas con máscaras de las Saturnales, el solsticio de invierno. La asociación de Pomona con la manzana propició sin duda que esta fruta tuviera un papel tan destacado en los juegos y celebraciones de Halloween. (El vínculo persiste, si bien con un cariz más siniestro, en la moderna leyenda urbana de la hoja de afeitar escondida en la manzana).

En su cruzada para convertir Irlanda al cristianismo en el siglo V, san Patricio se apropió de muchas costumbres y símbolos celtas: el uso de hogueras para celebrar las fiestas religiosas de la iglesia o la superposición del símbolo pagano del sol en la cruz

2. Traducción de José Joaquín Caerols. Madrid: Alianza, 2002. (*N. de la T.*)

cristiana son sólo dos ejemplos. La leyenda de que san Patricio expulsó a las serpientes de Irlanda es básicamente una alegoría de su cruzada para librar al país de paganos; en realidad, las serpientes nunca fueron una especie autóctona de Irlanda.

En el siglo IX, el papa Gregorio IV instauró la festividad del día de Todos los Santos el uno de noviembre, otra estudiada maniobra para vincular las fiestas cristianas con las celebraciones paganas tradicionales. El dos de noviembre fue declarado día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos en torno al año 1006 (antes se celebraba el primero de mayo), quedando así establecida una breve estación de ritos conocida en el medievo como «Hallowtide» o triduo de Todos los Santos.

Según una crónica, «antiguamente era habitual que, en este día, gentes vestidas de negro tañeran una lúgubre campana en las esquinas de las calles para que los habitantes recordaran a las almas que cumplían penitencia en el purgatorio y se unieran a la oración por su liberación y descanso eterno». En un devocionario católico tradicional podemos leer: «Jesucristo Señor, Rey de la Gloria, libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del abismo sin fondo: líbralas de las fauces del león, no permitas que el infierno las devore... Concédeles el paso de la muerte a la vida».

En la oración, «la muerte» es el purgatorio y «la vida», el cielo. Sin embargo, debido a un obstinado apego a las costumbres precristianas, en la víspera del día de Todos los Santos las metáforas se interpretaban al pie de la letra. Las almas de los muertos, junto con otros seres sobrenaturales, tenían permitido salir del purgatorio o infierno (en completa contradicción con la doctrina católica) para relacionarse —y comer a dos carrillos— con los mortales. Hasta el siglo XV, imperó en los hogares de Salerno, Italia, la práctica de ofrecer en la víspera del día de Todos los Santos «un opíparo festín a las almas del purgatorio que debían regresar temporalmente al escenario de su peregrinaje terrenal para festejar en él».

Todos abandonaron la morada y, tras haber pasado la noche en la iglesia, regresaron a la mañana siguiente para comprobar que no hubiera quedado ni rastro del festín, pues el desaire de un solo bocado se consideraba señal de mal agüero. Los ladrones que se avituallaban gracias a esta devota costumbre [...] tenían a bien alejar cualquier mal presagio del hogar que les hubiera agasajado llevándose con diligencia todo aquello que no habían sido capaces de ingerir.

La misma víspera tenía lugar un ritual especialmente macabro en Nápoles, donde era costumbre abrir de par en par las puertas de los osarios y «decorarlos con vistosas flores mientras la muchedumbre atestaba las catacumbas para visitar los cuerpos de sus amigos y familiares, cuyos descarnados esqueletos habían sido vestidos y colocados en los nichos de las paredes».

Ya en el Renacimiento, a la costumbre del primero de noviembre de pedir por los muertos se le unió el rito de mendigar para obtener la caridad de los vivos. En *Los dos caballeros de Verona*, de Shakespeare (representada por primera vez en torno a 1594), el bufonesco criado del enamorado Valentín tilda a su amo de plañidero, comparándolo con «un mendigo en Todos los Santos». Generalmente, lo que pedía el mendigo con sus lamentos solía ser una «torta de almas», nombre con el que se conoce a un pastelillo tradicional de Todos los Santos preparado con avena y melaza.

*Soy una persona de bien,  
Antaño conocido de usted.  
Por eso, por caridad, le pido un pastel  
y dejaré mi bendición bajo su dintel.*

Una magnífica tradición que también tiene que ver con las máscaras y la mendicidad fue la que proliferó en torno al Día de Guy Fawkes, celebrado el cinco de noviembre en toda Gran Bretaña y en la América colonial. La festividad conmemoraba el

fracaso del vil plan urdido por Fawkes y otros para hacer saltar por los aires el parlamento británico con treinta y seis barriles de pólvora ocultos en un sótano situado debajo de las cámaras legislativas. Condenado por traidor, Fawkes fue ahorcado públicamente, arrastrado y descuartizado, tras lo cual se popularizó entre el vulgo recrear su castigo sacando a desfilas la figura de un espartapájaros llamado «Guy», ataviado con un capirote de papel, un farolillo y fósforos. Los participantes en el desfile iban de puerta en puerta pidiendo *a penny for the Guy* («un penique para Guy») y cantando la venerable rima:

*¡Recuerden, recuerden!  
El 5 de noviembre;  
Conspiración de la pólvora y traición.  
¡No hay motivo alguno  
Para que, de la pólvora, ninguno  
Olvidemos la conspiración!*

La celebración concluía con la quema de Guy en una pira ceremonial, a menudo acompañado de monigotes del papa (Fawkes era católico). Según una crónica contemporánea, la celebración londinense destacaba por ser especialmente «importante y portentosa», siendo la hoguera de Lincoln's Inn Fields una de las más impresionantes por envergadura: «Algunas veces se consumían doscientas carretas de combustible sólo para alimentar esta fogata, y más de treinta “Guys” acababan colgando de las horcas para que fueran pasto de las llamas». Con el paso del tiempo, el Día de Guy Fawkes fue evolucionando paulatinamente hasta convertirse en una festividad para disfrute de los niños; ya en el siglo XIX, las ilustraciones que plasman la celebración retratan a los jóvenes asistentes al desfile y al propio Guy disfrazados con máscaras que recordaban a las de la *Commedia dell'arte*.

En Inglaterra, el triduo de Todos los Santos estaba considerado el inicio de la temporada navideña y, durante el reinado de



---

*Niños ingleses desfilan con una efigie para festejar el Día de Guy Fawkes. Esta celebración que tiene lugar el 5 de noviembre tuvo una fuerte influencia en el desarrollo de Halloween tal como hoy lo conocemos. Ilustración de The Book of Days (1865), de Robert Chambers.*

---

Carlos I, en el siglo XVII, pasó a ser la época en que el colegio de abogados londinense del Middle Temple celebraba elaboradísimos bailes de máscaras, eventos sociales de gran relevancia en los que se lucían elegantes galas y plumas.

Ya en el siglo XVIII, las elaboradas mascaradas se habían convertido durante todo el año en una obsesión cultural de la sociedad inglesa, que recuperó la inversión de papeles asociada con las Saturnales romanas y la Fiesta de los Locos de tiempos medievales, así como una relajación de costumbres propia de la Festividad de los Mayos y la víspera del solsticio de verano.

«Como el mundo de la sátira, la mascarada proyectaba un mundo trastocado, antinatural; una embriagadora inversión de las jerarquías sexuales, sociales y metafísicas habituales», escribe

Terry Castle en *Masquerade and Civilization*. «Sus inversiones alucinatorias suponían tanto una liberación voluptuosa de los preceptos culturales como un comentario estilizado sobre los mismos».

Aunque estos festejos ingleses anticipaban sin duda el espíritu del Halloween moderno, la noche del 31 de octubre todavía no había quedado asociada con la máscara (o el disfraz) ni tampoco era conocida por un nombre en particular. Halloween deriva de la contracción entre el adjetivo *hallowen*, que significaba «sagrado» en inglés medieval, y una síncopa gradual de la palabra *evening* («tarde» o «noche»), primero a *even* y finalmente a *e'en*. Otras variantes eran «All Hallow's Eve», «Hallowmas (o Hallow-Mass) Eve», «All Hallow's Fire» y «Hallow Even Fire». Según el *Oxford English Dictionary*, la fórmula «Halloween» aparece impresa por primera vez en el siglo XVIII, en un diálogo de la balada *Young Tamlane (El joven Tamlane)*: «This night is Hallowe'en, Janet. The morn is Hallowday<sup>3</sup>». El famoso poema «Halloween», escrito por Robert Burns en 1785, es tanto un himno a la festividad como un valioso documento histórico:

*Among the bonny winding banks  
Where Doon rins, wimplin', clear,  
Where Bruce ance ruled the martial ranks,  
And shook his Carrick spear,*

*Some merry, friendly countra-folks  
Together did convene,  
To burn their nits, and pou their stocks,  
And haud their Halloween...<sup>4</sup>*

3. «Esta noche es Hallowe'en, Janet. La mañana será Hallowday». 4. Entre las bellas y sinuosas orillas / Por las que serpentea, prístino, el Doon / Donde otrora Bruce comandase las tropas / Blandiendo su lanza de Carrick / Algunos campesinos bulliciosos / Alegres se reunieron / Para quemar frutos secos y arrancar pencas / Y celebraron su Halloween. (*N. de la T.*)

Los frutos secos, como las manzanas, son símbolos de la cosecha y es evidente que abundan a finales de octubre. Ambos elementos ocupan un lugar prominente en la historia de Halloween. El poema de Burns documentó e inmortalizó otras costumbres de Halloween, entre las que figuran la adivinación de la fortuna mediante manzanas y frutos secos, tal como se practicaba en Escocia y también, con ciertas variaciones, en Inglaterra, Gales, Irlanda y la isla de Man. Las nueces que se echaban al fuego del hogar en la noche de Halloween podían representar distintas combinaciones entre el pretendiente, el destinatario de sus afectos y/o un rival. En «The Spell» («El hechizo»), el poeta y dramaturgo inglés John Gay (1685-1732) esboza en qué consiste el juego:

*Dos avellanas arrojé a las llamas  
y a cada una di el nombre de una amada.*

Si un fruto se resquebrajaba o saltaba, indicaba volubilidad o inestabilidad; por el contrario, el que ardiera de modo constante simbolizaba el afecto eterno. Gay describe la costumbre inglesa de arrojar dos avellanas en representación de dos posibles amores,



---

*Adivinación en Halloween con ayuda de un espejo. Ilustración: Alice Sargent para Life, 1903.*

---

mientras que en el poema escocés de Burns, uno de los frutos secos personifica al pretendiente que los arroja. En la tradición irlandesa se empleaban tres nueces: el pretendiente flanqueado por las dos personas en quienes tenía un interés romántico.

En su poema de 1801 «On Nuts Burning, Allhallows Eve» («Sobre las nueces que arden en la víspera de Todos los Santos»), Charles Graydon halló un microcosmos de la experiencia humana, describiendo el ritual con un lenguaje despojado del marcado dialecto de Burns que lo hace más accesible al lector moderno:

*These glowing nuts are emblems true  
Of what in human life we view;  
The ill-matched couple fret and fume,  
And thus in strife themselves consume,  
Or from each other wildly start  
And with a noise forever part.  
But see the happy, happy pair  
Of genuine love and truth sincere;  
With mutual fondness, while they burn  
Still to each other kindly turn:  
And as the vital sparks decay,  
Together gently sink away.  
Till, life's fierce ordeal being past,  
Their mingled ashes rest at last<sup>5</sup>.*

En los siglos XVIII y XIX, cabe destacar lo poco que tiene que ver ya el elemento sobrenatural de Halloween con las almas de

5. Estas nueces encendidas son emblemas verdaderos / De lo que en vida de los hombres vemos / La pareja mal avenida se sofoca y acalora / Y así entre riñas ambos se consumen / O violentamente se separan / para siempre con una llamarada / Mas fijaos en la pareja tan dichosa / Que con amor sincero se adora / Y mientras arden, con amor correspondido / Siguen buscándose, encendidos / Y al tiempo que la chispa se apaga / Juntos se desvanecen a la par / Hasta que, pasadas las fieras penas de la vida / Sus cenizas confundidas descansan en paz. (*N. de la T.*)

los difuntos u otras entidades del inframundo; el componente fantástico se desmorona, dando paso a una obsesión solitaria: el avistamiento sobrenatural de la futura pareja. Junto con los frutos secos, las manzanas eran uno de los medios adivinatorios favoritos para descubrir al hombre amado. Por toda Gran Bretaña se creía, con sorprendente uniformidad, que una joven podía vaticinar su futuro romántico si se sentaba delante de un espejo en la medianoche de Halloween, cortaba una manzana en nueve pedazos y los iba sosteniendo uno por uno en la punta del cuchillo antes de comérselos. Se decía que, una vez acabado el tentempié, el rostro de su futuro esposo se le aparecería reflejado en el espejo por encima del hombro. El porqué de la persistencia en el tiempo de semejante tradición resulta bastante desconcertante, teniendo en cuenta que jamás pudo documentarse de manera fehaciente ni una sola de estas apariciones *frutales*.

La práctica extremadamente popular de «morder la manzana» en una cuba (*apple bobbing*, *apple ducking* o *apple snapping*) también tiene su origen en la adivinación; de hecho, en el norte de Inglaterra, la noche de Halloween era conocida como *Snap-Apple Night* o «Noche de trincar manzanas», aunque parece que a finales del siglo XIX el rito había evolucionado hacia el puro entretenimiento.

Es un verdadero disfrute ver cómo los zagales intentan hacerse con la fruta flotante, que esquivo todos los intentos de atraparla en su continuo vaivén por el barreño, mientras el decepcionado aspirante se ve obligado a abandonar la caza para cederle el turno al siguiente. Las manzanas con raballo son, por lo general, las primeras en ser atrapadas, y después se produce un tira y afloja para hacerse con aquellas que carecen de tal apéndice. Si la manzana es pequeña, habrá competidores que la *succionen* con gran destreza para metérsela en la boca. Otros, envalentonados, sumergirán la cabeza en busca de una manzana en particular, a la que arrinconarán contra el

fondo de la cuba para después apresarla con una dentellada implacable y emerger con su trofeo, empapados y victoriosos. Este audaz procedimiento suele ser celebrado con un «hurra» por parte de los espectadores, y los más versados en los juegos acuáticos de Halloween lo recomiendan como único método infalible para alcanzar el éxito.

Una variante del juego consistía en morder (como antes, con las manos atadas a la espalda) una manzana colgada de un hilo o, en otra versión más elaborada, unida a un palo giratorio en cuyo extremo opuesto se aseguraba una vela: para aprehender la manzana, el participante se veía obligado a esquivar enérgicamente las quemaduras de la vela y las dolorosas salpicaduras de la cera caliente.

Otros juegos de Halloween que hacen uso de productos de la cosecha sí han mantenido su naturaleza adivinatoria. William S. Walsh, historiador del folclore inglés, describió una costumbre particularmente duradera: «[...] cualquier doncella puede descubrir por lo menos la primera letra del nombre de su futuro esposo pelando una manzana reineta, cogiendo la monda por un extremo, volteándola tres veces por encima de la cabeza y dejándola caer al suelo. La peladura de manzana que de este modo caiga adoptará sin duda la forma de la inicial del nombre del consorte en ciernes, que será advertida de inmediato por la doncella, aunque no siempre por el resto de los presentes, cuyos ojos no serán tan perspicaces como los de la muchacha».

En Escocia, los jóvenes de ambos sexos acudían al jardín con los ojos vendados para arrancar pencas de col rizada; más tarde, ante la chisporroteante chimenea, las plantas eran «leídas» en busca de señales reveladoras sobre su futuro cónyuge: bajo y raquítico, alto y sano, viejo y marchito... La cantidad de tierra que pendiera de la raíz se consideraba proporcional a la dote o fortuna que el participante podía esperar de su prometido o prometida. Las pencas se colgaban después sobre la puerta formando



Los placeres de Halloween (juegos y adivinación) en postales de principios del siglo XX.

una hilera y a cada visitante que aparecía por Halloween se le asignaba por orden de llegada la identidad de su vegetal correspondiente. También se utilizaban coles y puerros con este mismo fin. Entre otros alimentos tradicionalmente asociados a la adivinación figuraba el *colcannon*, un plato típico en Irlanda y en el oeste de Escocia, compuesto de puré de patata, chirivía y cebolla, en el que se enterraban varios amuletos. Se decía que la persona que encontrase el anillo se casaba en menos de un año. El dedal presagiaba un destino de soltería; la llave, un viaje; la moneda, riqueza... y así sucesivamente.

*The Book of Days* (1864), de Robert Chambers, contiene un interesante relato sobre la adivinación romántica en Halloween, atribuido a la hija de una joven pareja que vivía en la provincia de Leinster, Irlanda, a mediados del siglo XVIII. En la primera víspera de Todos los Santos después de haber nacido su hija, la madre tuvo un sueño particularmente intenso. «Me sentí arrastrada en

contra de mi voluntad hacia una zona del país desconocida para mí, en la que no había estado jamás. Después de lo que me pareció un trayecto muy largo y fatigoso a pie, llegué a una casa de aspecto acogedor. Ansiando descansar, me refugié en su interior, pero me descubrí incapaz de sentarme, a pesar de que alguien había dispuesto una apetitosa cena junto al fuego y todo tipo de preparativos, como si esperasen visita». Demasiado fatigada para seguir de pie, recorrió apresuradamente a la inversa el camino por el que había llegado y entonces se despertó para darse cuenta de que todo había sido un sueño.

Tras escuchar su relato, el esposo dejó escapar un profundo suspiro. «Mi querida Sarah», le dijo. «No seguiré demasiado tiempo a tu lado. Quienquiera que vaya a ser tu segundo marido puso anoche en práctica alguna diabólica artimaña de la que tú fuiste víctima».

Pocos meses más tarde, la salud del marido empeoró y, tal como él mismo había vaticinado, Sarah enviudó. Al cabo de un tiempo, su tío, que vivía a cierta distancia, le sugirió que un joven conocido suyo podría estar interesado en ella. Cuando dicho joven la vio por primera vez, le expresó al tío su sorpresa mayúscula de este modo: «Hace uno o dos años probé un hechizo de Halloween y me quedé en vela toda la noche para ver si funcionaba. Pues bien, le juro con total solemnidad que la figura de esa mujer, tal como ahora mismo la veo, apareció en la habitación y se me quedó mirando. Permaneció uno o dos minutos junto al fuego y desapareció tan repentinamente como había llegado». El joven insistió en que estaba totalmente despierto cuando había ocurrido esto y que después le sobrevino un gran remordimiento por haberse «atrevido a manipular los poderes del mundo desconocido». En cualquier caso, acabó conociendo a la mujer que lo había visitado durante el sueño de Halloween. Congeniaron, se casaron y disfrutaron de un matrimonio venturoso.

No todas las historias adivinatorias de Halloween tienen un final feliz. Según una crónica del siglo XIX, «existen varios ejemplos

bien documentados de personas que, bien por efecto de su imaginación, bien por haber sido objeto de la broma pesada de unos desconsiderados, sufrieron crisis nerviosas tan graves al intentar llevar a cabo estos hechizos de Halloween que llegaron a poner en peligro su salud».

Con toda probabilidad, estas crisis nerviosas de motivo no especificado estarían relacionadas con prácticas adivinatorias más oscuras; no con las que atañían a pretendientes vivos, sino con las que pretendían conjurar a un amante demoníaco: la Muerte. En Gales, por Halloween, se lanzaban al fuego piedras blancas en las que cada miembro de la familia había escrito sus iniciales, después rezaban y se iban a la cama. Se decía que quienes no encontraran su piedra correspondiente a la mañana siguiente, morirían en menos de un año. En Irlanda, sin embargo, «antes de acostarse, tenían por costumbre alisar con un rastrillo las cenizas de la chimenea, que a la mañana siguiente escudriñaban en busca de huellas. En caso de encontrarse una que apuntase en dirección opuesta a la puerta, se vaticinaba una boda o la llegada de visitantes; si la huella estaba vuelta hacia la puerta, lo que anunciaba era una muerte». Halloween era también la época en que los niños irlandeses volvían al lugar donde hubieran colgado hojas de hierba callera en la víspera de San Juan. Aquellos cuyas hierbas aún conservaban su color, crecerían fuertes y sanos; aquellos cuyas hierbas se habían marchitado, morirían. Los niños escoceses contribuían al aumento de la natalidad apilando tallos de col antes de irse a dormir en la noche de Halloween, convencidos de que así se les concedería en breve un hermanito. (Se trata, claro está, de una variante de la creencia de que los niños salen de los pollos).

El símbolo vegetal más asociado a Halloween es, por supuesto, la «Jack O'Lantern», que también hunde sus raíces en el folclore británico. En la leyenda popular, Jack era un embaucador incansable que no sólo ofendió a Dios con sus numerosas maldades y triquiñuelas, sino también al diablo. A su muerte se le negó la entrada tanto al cielo como al infierno, pero el diablo le lanzó a

regañadientes un carbón encendido que Jack atrapó con un nabo hueco, para alumbrarse la oscura senda nocturna que debería recorrer hasta el día del Juicio Final. La broma eterna de Jack consiste en usar su luz como señuelo para atraer a los desgraciados viajeros hacia el lóbrego fango.



---

*En Europa, tradicionalmente, las Jack O'Lanterns se tallaban en nabos, pero los emigrantes encontraron un vegetal mucho más apropiado en la calabaza norteamericana. En la imagen: «The Pumpkin Effigy», ilustración de 1867 de L. A. Atwater para Harper's Weekly.*

---